Evocación de José Antonio Ramos

MI amistad con José Antonio Ramos empezó por una polémica periodística que por poco degenera en disputa. Yo tenía a mi cargo en 1909 la crítica teatral y literaria del diario habanero *La Lucha*, y desde esas columnas enjuicié la novela *Humberto Fabra*, que Ramos acababa de publicar en París, en la casa Garnier. Elogié lo elogiable y señalé la importancia del esfuerzo realizado por Ramos en ese su primer ensayo en el campo de la novela, si bien es verdad que tenía ya publicadas cuatro piezas de teatro; pero puse serios reparos a la obra en su conjunto. Aniceto Valdivia, el inolvidable *Conde Kostia*, que fué mi predecesor en aquel cargo de regateador o dispensador de gloriolas literarias, afirmó una vez que yo tenía “el snobismo de la sinceridad”, porque tomaba demasiado en serio mi papel y no entendía que fuera lícito ni honrado disfrazar o encubrir las impresiones recibidas después de una lectura. Esta actitud mía me costó algunas malquerencias y más de un disgusto personal, pero yo me mantenía impertérrito, como si pasar por alto errores y descuidos, echando sobre ellos el manto de la tolerancia o del elogio amistoso, fuera una claudicación imperdonable.

Ramos, que casi no me conocía, pues sólo habíamos hablado una vez durante cinco minutos, reaccionó con alguna acritud y se empeñó en demostrarme que yo había emitido una opinión más o menos ligera. De ahí pasó a impugnar otras opiniones mías, que consideraba injustas o superficiales. Otros individuos, resentidos por aquella actitud mía a que aludo más arriba, aprovecharon la ocasión para tratar de zaherirme, y hasta esgrimieron como alegato la circunstancia de que yo era extranjero, argumento cuyo valor exacto desconozco en un debate literario. Yo contesté, con altivez que pretendía

disfrazarse de serenidad, rechazando el plural ataque, aunque sin tomarme el trabajo de nombrar a nadie. Mis impugnadores ocasionales enmudecieron, pero Ramos surgió, lanza en ristre, con un artículo que, aunque no contenía la sombra de una ofensa, en el fondo quería ser mortificante. Si Ramos era excitable —y nunca perdió esa cualidad juvenil de su brioso carácter—, yo no lo era menos. Salía yo de *La Lucha* ese día, casi al filo de las doce, cuando me encontré con Bernardo Barros.

—¿Qué te pasa? —inquirió, al verme con cara de contrariedad—. ¿El artículo de Ramos?

—¿Te parece poco?

—Pero si eso no es más que un desahogo...

—Bueno, pues para desahogos basta, que no estoy dispuesto a aguantar majaderías. Ahora mismo voy a buscarlo... Hay que poner las cosas en su lugar...

—Te acompaño... —dijo Barros.

—¿Para qué?

Para nada, pero quiero ir contigo y se acabó. ¡No me lo vas a prohibir...! —Y a renglón seguido, echando la cosa a broma, agregó: ¡Quiero ver esa película, viejo!

No encontramos a Ramos en su casa ni nos dieron seguridad respecto a su hora de llegada. Nos retirábamos ya, cuando lo vimos venir con algún apresuramiento. Sonrió al vernos y se adelantó hacia mí con efusión:

—Si no viene usted, hubiera ido yo a verlo —dijo—. Un poco tarde me he venido a dar cuenta de que se me ha querido tomar como instrumento para una campaña insidiosa contra usted, y eso no puedo tolerarlo ni admitirlo, máxime cuando se esgrimen argumentos que están en pugna con mis ideas y sentimientos de toda la vida. ¡Miren que venir a hablar de extranjería...! ¡Y en el caso de usted! Figúrese que un tipo que apenas conozco me detuvo en la calle para decirme: “¡Qué me alegro de que *ustedes* le pongan las peras a cuarta al dominicano ese...!” Casi no pude contenerme y le grité que yo no soy más que yo y que él no debía englobarme en la palabra *ustedes*, pues yo no estoy metido en ningún complot de jingoistas o de xenófobos. Y además, le recalqué bien claro que *el dominicano ese* tenía aquí tanto derecho como cualquiera...

—Bueno —interrumpió Barros, gozoso—. Que Max tiene en usted un defensor, en vez de un enemigo...

—¿Enemigo? —dijo Ramos—. ¿Por qué? ¿Porque algunas opiniones tuyas no me han gustado y así lo he dicho? ¡Vamos, hombre! ¡Y que no me vengan a hablar de extranjería! ¡Si todos somos, o debemos ser, ciudadanos del mundo! ¡Ya llegará el día...!

He querido narrar, quizás si con alguna prolijidad, este incidente, porque en él queda resumido el espíritu de José Antonio Ramos. Así era él: impetuoso, explosivo si se quiere, para defender sus puntos de vista, pero dispuesto siempre a la reacción enérgica y saludable, sobre todo cuando pudiera creerse que la pasión del ánimo lo ponía en contradicción consigo mismo. Había en él una gran nobleza de espíritu hermanada a la indomable altivez de su temperamento. En él no cabían falsas actitudes, no cabía la mala fe, no cabía, en fin, esa paradoja que podríamos llamar "equivocarse a sabiendas": podía, cuando más, ofuscarse por el enardecimiento de un minuto o por el ímpetu generoso de su espíritu, en ocasiones quijotesco.

Al terminar aquella entrevista éramos los mejores camaradas del mundo. Y como Ramos se había hecho cargo en esos días de la sección teatral de un diario vespertino, le propuse:

—Hagamos juntos el recorrido de los teatros esta noche. Para muchos será una sorpresa. Así le echaremos el gozo en el pozo a todos aquellos que están esperando que nos rompamos la crisma.

El andar juntos de teatro en teatro, noche tras noche, se convirtió en hábito. Eramos los inseparables, acompañados casi siempre por Barros. El perímetro dentro del cual se desarrollaba entonces la actividad teatral de La Habana era de corta extensión; los principales teatros estaban frente al Parque Martí, como el Nacional, Payret, Albisu y el Politeama; o a corta distancia de allí, como Martí y Actualidades y los regocijados espectáculos populares de Alhambra y el Molino Rojo. En suma: era fácil hacer a pie cada noche el recorrido, visitando, por lo menos, los que ofrecían alguna novedad en sus programas.

Del recorrido teatral solíamos ir a "Los helados de París" o al café de Inglaterra, donde nos arrellanábamos, al fondo, en cómodos butacones que solíamos llamar "los sillones del olvido". Muchas veces la discusión en torno a la función de esa noche o del último

acontecimiento literario se prolongaba agradablemente en compañía de otros amigos, como Massaguer, Guillermo de Montagú, Eduardo Sánchez Fuentes, Joaquín Rodríguez Lanza... ¡Suerte que ambos escribíamos para periódicos de la tarde y el gerente de la imprenta no esperaba nuestras cuartillas hasta ya entrada la mañana! Pero yo tenía la costumbre de escribir mi crónica antes de entregarme al sueño y dejarla preparada dentro de un sobre que un empleado pasaba a recoger temprano al día siguiente. Esas charlas de café me hacían llegar ya cansado y a tardía hora ante mi mesa de trabajo. Así lo manifesté al salir de un estreno que merecía reseña cuidadosa, pero cuando quise despedirme de mis amigos, Barros propuso: "¡Vamos todos! Seguramente no hallaremos la despensa vacía, comeremos lo que se encuentre y haremos café." Ramos añadió: "En ese caso, yo me sentaré a escribir también mi crónica, mientras ustedes conversan o discuten." Y montamos en el primer tranvía que había de conducirnos hasta la calle 12 del Vedado, esquina a 21. Inmediata a esa esquina ocupaba yo una casita que para guarida de soltero resultaba amplia y que ya era, los domingos por la tarde, punto de reunión para un grupo de intelectuales y de amigos.

En esas reuniones dominicales lo mismo se leían trozos literarios que se tocaba buena música. Aquel rincón retirado se hizo simpático y atrayente a los escritores y artistas, y aun debo agregar que fué objeto de especial consideración por parte de los vecinos. No es de extrañar, por ello, que jamás se quejara ninguno de ellos de que le perturbaran el sueño cuando, de súbito, pasada la una de la madrugada, se oían los acordes de mi piano, arrancados por mano maestra: y es que el ir Ramos y otros amigos a mi casa después del teatro se hizo costumbre en las noches en que había algún estreno importante, y a veces nos llevábamos con nosotros al maestro Juan Gay, que repasaba trozos dieciochescos de los clavecinistas, o a Eduardo Sánchez Fuentes, que nos tarareaba con lo que yo llamaba "voz de autor", medio en falsete, fragmentos de la ópera que tenía en preparación con letra de Federico Uhrbach, o a Joaquín Rodríguez Lanza, que nos deleitaba con una sonata de Beethoven o con la balada de Grieg. ¡Cuántas veces Ramos y yo, que nos empeñábamos en dar remate a la crónica empezada mientras nuestros amigos charlaban, teníamos que dejar la pluma en suspenso para extasiarnos con aquella música!

Ramos era un apasionado ferviente del arte musical; yo me consideraba, más que un *amateur*, un ex músico: después de haber completado estudios superiores, lo mismo instrumentales que de armonía y composición, los había abandonado y ahora estudiaba abogacía. Nuestras preferencias no siempre eran coincidentes. Nuestras discusiones sobre música eran más apasionadas que las de orden literario, excepto si se trataba de obras de teatro, pues todos los entusiasmos de Ramos como escritor se concentraban en la literatura dramática. No sólo aspiraba a ser, ante todo y sobre todo, autor teatral, y en ello cifraba su futura gloria, sino que además deseaba promover en Cuba un fuerte movimiento que diese vida propia a la producción autóctona.

Sus empeños hallaron simpático eco en nuestras reuniones dominicales del Vedado. Por iniciativa suya hubo una junta en el Ateneo para dejar constituida la Sociedad de Autores Cubanos; pero más adelante se dió otra forma a la idea y en una de esas reuniones dominicales quedó fundada la Sociedad de Fomento del Teatro que, presidida por el doctor Luis Alejandro Baralt, ofreció en el Teatro Nacional, en mayo de 1910, con el concurso desinteresado de la compañía que dirigía Luisa Martínez Casado, una breve temporada de obras dramáticas cubanas. La función inaugural alcanzó solemnidad muy señalada. El entonces Vice-presidente de la República, doctor Alfredo Zayas, pronunció esa noche, como discurso de orden, una medular disertación sobre el teatro en Cuba al través del tiempo. La Sociedad de Fomento del Teatro no tenía un programa limitado: aunque su principal propósito era estimular en Cuba el cultivo de la literatura dramática, también se proponía llevar a la escena, y en muchos casos traducir y dar a conocer, obras maestras de todas las literaturas. El propósito no prosperó entonces, pero la labor realizada no fué estéril: más tarde vinieron otros empeños análogos, con éxito más o menos favorable, y hoy florecen varias instituciones que desarrollan un plan similar, prestando con ello un servicio eminente a la cultura pública.

En otras actividades culturales figuró también entonces José Antonio Ramos: fué uno de los miembros fundadores de la Sociedad de Conferencias, que me tocó dirigir en unión de Jesús Castellanos; y en noviembre de 1910 disertó sobre la producción teatral de Tolstoy en el homenaje que esa institución rindió a la memoria del profeta ruso.

A poco nos dió a conocer Ramos su propósito de ir a residir en España para continuar su producción teatral y poder llevarla a la escena. “¿Qué hago yo —decía—, con escribir dramas, si no los puedo representar?” E inició gestiones para obtener un nombramiento modesto, apenas si de canciller, en el consulado cubano en Madrid.

—No pido un empleo imaginario, de esos que ahora empiezan a llamarse “botellas” —explicaba él, al hacer sus gestiones—. Si voy a una oficina es para trabajar, como he sabido hacerlo, siempre en muchas otras; pero sí quiero que conste que busco este empleo para ir a residir en el foco de la actividad teatral de nuestra habla, donde tengo la posibilidad de ver puestas en escena mis obras dramáticas. El sueldo del puesto que solicito es muy poca cosa, pero como tengo una pequeña renta que me ayuda a vivir, no aspiro a más ni pido más.

Ese lenguaje, por lo mismo que resultaba novedoso de claridad y franqueza para los hombres públicos que podían prestarle apoyo, produjo excelente efecto y a la vuelta de poco tiempo fué nombrado Ramos. Por cierto que el nombramiento se demoró unas semanas más de lo previsto, porque una pieza de género chico, *De las Villas a La Habana*, que Ramos iba a estrenar en Payret en esos días, dió lugar a que unos cuantos majaderos urdieran una intriga contra él acusándolo de haber querido poner en ridículo a los villareños que habían venido a ocupar importantes puestos administrativos en el gobierno de su coprovinciano el general José Miguel Gómez. En vano fué que algunos amigos aconsejaran a Ramos que sustituyera, en el título y en el texto, el nombre de las Villas por el de otra provincia: Ramos se negó, manifestando que como nunca tuvo intención torcida al escribir su obra, ni en ella se aludía a nadie, no tenía que cambiar nada; y el texto subsistió tal cual. Lo único que consiguió el empresario fué cambiar el título por este otro: *A La Habana me voy...*, y esto porque alegó que, por ser la frase más popular y atrayente, favorecía el éxito de taquilla, y cuadraba a la obra tanto o más que la otra.

Al fin se despejó el horizonte: el Presidente Gómez nombró a Ramos, que partió a poco para España, no sin que antes le organizáramos el banquete de ritual. “¿Para qué ese banquete...?, —me preguntó—. Lo agradezco, pero preferiría que comiéramos juntos

seis u ocho amigos verdaderos, en la intimidad. A estas cosas va mucha gente por compromiso, y es lo que no me gusta.” “Nadie irá de compromiso, —le repliqué—. Sobran amigos tuyos que asistan con verdadero placer. Y, además, por si hay quien lo ignore, lo mismo aquí que allá, es bueno que se sepa que no es un cualquiera el que va a ocupar el puesto de canciller del consulado cubano en Madrid.” Y al punto quedó constituida la comisión organizadora, que integraron conmigo Francisco Javier Sierra y Mario Lescano Abella. El ágape, celebrado en el antiguo restaurante “Miramar”, —desaparecido hoy, al igual que la glorieta del Malecón que le quedaba enfrente—, fué todo un éxito. Y ante el desbordamiento de cordialidad de los numerosos amigos que asistieron al acto, Ramos hubo de manifestar, en las breves palabras que pronunció para agradecerlo: “Me encuentro ahora como el avaro que va a hacer un arqueo de caja y le demuestran que tiene una riqueza mayor que la que creía poseer.”

Empezó para Ramos, desde su llegada a Madrid, la época de su labor literaria más activa, valiosa y fecunda. El llamó después “ensayos de adolescencia y de juventud” a todo lo escrito antes: sus primeros cuatro dramas (*Nanda*, *La hidra*, *Almas rebeldes* y *Una bala perdida*) y su novela *Humberto Fabra*, aunque sus amigos solíamos darle bromas, asegurándole que lo envidiábamos por haber tenido una adolescencia larga y laboriosa.

—¡Yo no hablo de la adolescencia según el calendario! — contestaba.

Lo primero que publicó en Madrid fué *Liberta*, que calificó de “novela escénica en cuatro jornadas”, clasificación que para mí fué casi una revelación: desde entonces pensé que, a pesar de su devoción apasionada por el teatro, el novelista habría de imponerse a la larga y superar al autor dramático. No creo que la producción posterior de Ramos me desmintiera.

El notable actor Tallaví estrenó después en Barcelona un drama de Ramos, *Satanás*, que si bien no perduró en el cartel, pudo considerarse, entre los intelectuales, un *succés d'estime*. Ramos pudo disfrutar por primera vez el deleite de ver su obra representada por un buen conjunto de artistas y conocer esa sensación única que Linares Rivas resumía de este modo: “No hay como recibir el aplauso

en la cara." (Como era sordo, Linares Rivas tenía la noción visual del aplauso, en vez de la noción auditiva.)

Otras obras de teatro escribió después. Entre todas ellas sobresale el drama *Tembladera*, fuerte brochazo realista que le sirve para plantear problemas de la vida cubana. La misma inquietud patriótica se refleja en *Calibán Rex*, *El hombre fuerte* y *La recurva*. *El traidor* desentraña de una estrofa de Martí toda una tragedia. El drama *En las manos de Dios* equivale a un retorno a los viejos problemas universales que ya había planteado en *Liberta* y *Satanás*; pero su última pieza teatral *FU-3001* es una ingeniosa comedia de ambiente cubano, que a pesar de ser un flagelo para muchos vicios y falsedades de la vida pública, sorprende por su levedad y ligereza, poco habituales en él.

Cuando el amor muere... y *La leyenda de las estrellas* son dos piezas breves que acusan singular maestría. Primor de síntesis es cada una de ellas. En la producción teatral de Ramos he preferido siempre las piezas breves: Ramos sabía condensar toda su habilidad técnica en un solo acto, mejor que cuando escribía obras más extensas, corriendo el riesgo de diluirse en escenas y diálogos prolijos, destinados muchas veces a exponer ideas y conceptos de alcance social.

Abundante y valiosa es su producción teatral; pero por encima de ella están sus tres novelas principales: *Coaybay*, *Las impurezas de la realidad* y *Caniquí*. Ramos mantuvo un continuo empeño de superación para sobresalir en el teatro; y, sin embargo, la personalidad sobresaliente que había en él como escritor era la de un novelista de primera fuerza. A la postre así se manifestó, aunque, por hábito, se le siguió considerando, primordialmente, como autor dramático, y él mismo juzgaba, sin duda, que esa era su primera y más importante credencial en la historia literaria.

No son muchas las novelas cubanas que pueden igualar en mérito a ese estudio del medio político y de las complejas reacciones que provocaría un hombre superior, un idealista rectilíneo, si llegase a tener en sus manos el poder público: *Coaybay*; o a ese análisis realista, palpitante, de un medio social en cuyo seno se desenvuelven tortuosas maquinaciones: *Las impurezas de la realidad*; o a esa vívida reconstrucción de la época de la esclavitud en la pintoresca villa, genuinamente colonial, de Trinidad: *Caniquí*.

Pero no fué solamente teatro y novela lo que escribió Ramos: ahí está su *Panorama* de la literatura de los Estados Unidos, erudita y excelente obra, en la cual sólo echo de menos un acápite especial sobre Emerson, que acaso iba él a agregar en la nueva edición que proyectaba; ahí están sus *Entre actos*, en los cuales abunda el comentario crítico y ameno; y ahí están sus escritos de alcance político-social, que, como el *Manual del perfecto fulanista*, lanzaba a la publicidad sin preocuparle que las acres censuras que dedicaba a hombres y partidos políticos pudieran ocasionarle contrariedades o acaso culminar en una cesantía. Nada valían, cuando en ello se empeñaba, ni observaciones ni consejos. Quedó resentido por algún tiempo con la sociedad editorial "Cuba Contemporánea", por no haberse publicado allí uno de esos libros, de análisis y censura de la vida pública cubana. Se trataba de una casa de amigos que, deseosos de evitar a Ramos las molestias y disgustos que esa publicación pudiera causarle, no dieron curso al libro. Ramos hubo de publicarlo después por su cuenta, lamentando amargamente lo ocurrido y declarando que no necesitaba de la tutela de nadie.

Ya para entonces su eficiencia como funcionario lo había hecho ascender a Cónsul en Lisboa, como lo fué después en Nueva York, Filadelfia y México. Sólo muy de tarde en tarde venía a Cuba, por poco tiempo. En Santiago de Cuba recibí su visita, allá por 1919: pasó como una exhalación y apenas si tuvimos tiempo para cotejar algunas ideas y opiniones. A poco nos volvimos a encontrar en Nueva York, pero después transcurrieron diez años sin que nos viéramos, aunque nuestra comunicación epistolar nunca se interrumpió. En 1929 me invitó Ramos a ir a conocer la casita que había adquirido en Filadelfia.

Aprovechando un viaje que hice a los Estados Unidos me decidí a llegar hasta allá. Vida metódica y ordenada era la suya, compartida entre su casa, la oficina consular y la biblioteca pública, de la cual retiraba periódicamente los libros que necesitaba leer o consultar, para llevarlos a su residencia, donde trabajaba entonces en la preparación de su *Panorama* sobre la literatura norteamericana.

Lo comprometí a que, ya que tenía preparado un viaje en uso de licencia, viniera al año siguiente a Santiago de Cuba para dictar una o dos conferencias en la Institución Hispano-Cubana de Cultura, que yo presidía entonces en aquella ciudad. Fué, en efecto, a dar esas

conferencias en 1930. Lo noté muy preocupado —¿cómo no había de estarlo?— por el estado político del país bajo el régimen de Machado. No me extrañó por eso saber que un año más tarde Ramos había dejado de ser Cónsul en Filadelfia y se había ido a México. Allí me lo encontré en 1933, desempeñando con gran celo el puesto de administrador de un hospital. Los sucesos políticos de Cuba determinaron su pronto reingreso en el servicio exterior, como Cónsul en Veracruz. De México vino luego a Cuba y se le confirió una comisión para desempeñar el cargo de supervisor —en realidad, cabría decir de “organizador”— de la Biblioteca Nacional, todavía refugiada en el Castillo de la Fuerza, bajo la promesa de que no tardaría en construirse para ella un moderno y amplio edificio.

Vine, a mi vez, a Cuba y permanecí en La Habana poco más de un año en misión diplomática. Mis visitas al Castillo de la Fuerza eran frecuentes. Si bien es cierto que muchas veces iba a consultar algún libro o a examinar viejos papeles (entre los cuales encontramos un día —¡hallazgo precioso para mi país!— los manuscritos inéditos del jurista y biógrafo dominicano José María Morillas, catedrático que fué de la Universidad de La Habana); en otras ocasiones me guiaba el propósito de ir en busca de Ramos a la hora en que terminaba su trabajo, para irnos juntos hasta su casa y continuar nuestras sabrosas charlas de mejores días. Siempre era interesante y amena la conversación de aquel lector infatigable que poseía tan agudo espíritu de selección.

¡Qué difícil era arrancar a Ramos de la biblioteca! A buen seguro que, si no iba yo a buscarlo, no se iba de allí sino ya entrada la noche. Tenía, más que la devoción, la fiebre del trabajo. Se había empeñado en llevar adelante, con la mayor rapidez posible, la labor de catalogación, por primera vez intentada allí de manera sistemática. Necesitó auxiliares y tuvo que formarlos bajo su dirección, con excepción de uno o dos antiguos empleados, ya duchos. Trabajaba y enseñaba; seguía el sistema decimal de Dewey, ampliándolo en algunas subdivisiones, ya que la cualidad fundamental de ese sistema es su elasticidad, y preparó un *Manual de Biblioeconomía*. (Ramos, que solía ser caprichoso para crear nuevos vocablos por encontrar inadecuados los que estaban en uso, y se empeñaba en llamar “Colonterra” al Nuevo Mundo, rechazaba la voz “biblioteconomía”.) Ese *Manual* no se aparta del sistema Dewey sino en detalles secundarios o complementarios y es claro y coherente. A la

vez, Ramos daba nueva fisonomía al montaje y distribución material de los libros. La biblioteca, que había pasado por tantas vicisitudes en los últimos veinte años, no era ya un conglomerado de volúmenes almacenados sin orden preciso. Yo observaba con asombro cómo se desenvolvía aquella labor en verdad ciclópea: no concibo que un solo hombre, con un corto número de auxiliares, haya podido llevar tan lejos la catalogación metódica de una biblioteca como ésta. A cualquier otro le habría representado ese trabajo, con iguales elementos, el doble de tiempo. Ramos se había consagrado a la biblioteca por entero. Era el único modo que tenía de hacer las cosas: con pasión y entusiasmo.

Me ausenté de Cuba en 1943, dejándolo afanosamente entregado a esa labor, activo, resuelto y animoso. La muerte lo acechaba, sin embargo, y Ramos apenas vivió tres años más. Me cuentan que tuvo, ya en esta última etapa de su existencia, momentos de hondo pesimismo y amargura. Es verdad que ya, minado por serios quebrantos, veía trunco su empeño. ¡Diez años más de vida habría querido tener para ofrendarlos a la biblioteca y darle, completa, la organización que había soñado!

Al irse de este mundo, José Antonio Ramos nos deja, a más de su producción literaria, de suyo intensa y valiosa, un alto ejemplo: ejemplo de voluntad, de carácter, de consagración, de eficiencia, pues a su dignidad como escritor supo unir en todo momento su dignidad como hombre y como ciudadano.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA,
La Habana, 1946.